

Mamá, a pesar de su insistencia, no logró que nos calmáramos. Tía Fío, entonces, la miró y le sonrió.

— No te preocupes, Susan —le dijo—. En un momento, entro a saludarlos a todos —y siguió hablando con nosotros, de cómo había conseguido el muñeco que tanto le había pedido hace unos días y de cómo, por primera vez, estuvo a punto de llegar tarde. “Eso sí que hubiera sido digno de una noticia en el periódico”, dice y se ríe de su propio chiste.

Tía Fío es la hermana menor de mamá. Físicamente se parecía mucho a ella, pero, en carácter, eran totalmente diferentes. Mamá nos conocía muy bien. Sabía que, si no nos presionaba, nunca entraríamos a casa y era probable que los grandes ya estuvieran impacientes, como lo habíamos estado antes nosotros.

— Niños, ¿no quieren torta de chocolate? —dijo con una sonrisa, que delataba que había ganado.

— ¡Sí! —gritamos, incluidos Benjamín, Diana y tía Fío.

Ella también amaba la torta de chocolate de mi madre. Decía que solo por eso venía a mi fiesta, pero yo sabía que venía también por mí y mis primos.

Minutos después, mamá encendió las velas de mi torta de cumpleaños y apagó las luces. Todos empezaron a cantar el “japi berdi tu yu”, incluso yo. Todos me miraban sonriendo: mi mamá, mi papá, tía Mariela, tío Andrés, Benjamín, Diana y tía Fío. Yo cumplía siete años y, además de Batman, estaban allí todas las personas que más amaba.